

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



EL CONFESIONARIO

y otros cuchicheos

Título Original: *Le Confessionnal. Contes chuchotés*

Edición original: G. Charpentier y Cía, éditeur. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

EL CONFESIONARIO

I

– ¡Lila!

– ¡Colette!

Se besaban, no dejaban de abrazarse, mezclando las sedas, los encajes, los mechones rizados, ¡todo! pues pensad que un año entero, ni un día menos, sin verse, constituía para ellas la más agradable sorpresa encontrarse de ese modo, por una loca y encantadora casualidad, en ese sendero florido y soleado, no lejos de un gran castillo antiguo con cuatro torres almenadas que, por feo y desapacible que resultase hacia algunas personas mayores, no podía dejar de sonreír entre los rayos de sol matutino y los gráciles vuelos de las golondrinas. ¿Cómo era posible que Colette, inveterada parisina, se encontrase en un paraje verdaderamente campestre? Hacía tres días que vivía en compañía de un pintor – un tal Silvére Bertin – en esa abundante soledad rodeada de hermosos paisajes; y, mientras el artista pintaba algún árbol caído a través de un claro, ella había ido a pasearse por la planicie, porque se aburría en el albergue. En lo que respecta a Lila, su presencia en esa comarca no tenía nada de particular, puesto que era la dueña del viejo caserón de las cuatro torres almenadas.

– Sí, monina, la propietaria.

– ¡Tú!

– Y una gran dama.

– ¡Tú!

– Y casada.

– ¡Oh! ¡Espero que no me digas que eres fiel a tu marido!

– Le soy fiel – dijo Lila con sencillez.

Colette miraba los prados, los árboles, el cielo.

– ¿En qué piensas? – preguntó Lila.

– Me pregunto por qué el césped no es rosa, y las hojas violetas, y el cielo de color ocre; pues, a fin de cuentas, después del milagro de tu conversión, todos los cambios son posibles.

Prorrumpieron en carcajadas. Pero Lila dijo con gravedad:

– Seamos serias. Es cierto que soy la más irreprochable de las esposas. Y me congratulo cada día por la honesta vida a la que me he resignado. ¡Ah!, querida, ¡qué

falsos son los placeres del mundo, y que pronto se desdeña su turbadora vanidad, cuando se han conocido los austeros encantos de la virtud y de una religión bien entendida!

– ¡Misericordia!

– ¿Qué?

– ¡También te has vuelto devota!

– Recibo con humilde gratitud las enseñanzas de un joven sacerdote que oficia en nuestra parroquia.

– ¡Excelente!

– Querida, hazme el favor, te lo ruego de no tener esos malos pensamientos y ser más discreta con tus palabras. No podría permitir que se sospeche de mi modestia, ni la del venerable religioso...

– ¿Qué edad tiene?

– Veinticinco años... los del venerable eclesiástico que ha querido tomarme como su penitente. Si persistes en tus frivolidades, me veré obligada a renunciar a una idea que, debido a nuestra vieja amistad, me resultaba muy apetecible.

– ¿Qué idea?

– Teniendo en cuenta que mi ejemplo tal vez te animaría a retirarte del pecado en el que todavía te veo instalada, quisiera invitarte a pasar algunas semanas en mi castillo.

Colette reflexionó.

– Por supuesto – exclamó jubilosa – ¡Silvère regresará solo a Paris! ¡Claro que quiero! ¡Me quedo! ¡Llévame!

Y allí, como dos niñas traviesos que charlan y ríen – pues, con su amiga de las fútiles momentos, Lila, a pesar del matrimonio y la devoción, volvía a recordar sus alegrías de antaño, – se pusieron a correr hacia la señorial residencia. Pero, desde el preciso momento en que pusieron los pies ante el porche, la dueña del castillo adoptó la compostura más grave del mundo; no hubiese sido conveniente que entrase con sus bonitos aires de locuela en el antiguo habitáculo de damas y caballeros donde se habían celebrado los himeneos de sus antepasados.

II

¡Colette no salía de su asombro! y éste se redoblaba minuto a minuto. La baronesa de Cléguérec – tal era el nuevo nombre de Lila – se mostraba realmente la más ejemplar y la más austera persona que pueda imaginarse. Siempre vestida de negro, raramente levantando la mirada, caminando silenciosamente, con andares de monja, – no conservado más que un poco de extravagancia en sus rizos que permanecían ajenos a la radical conversión, hablaba con voz monótona y como acostumbrada a las oraciones, no decía más que cosas serias y con sentido común, tenía el aire de una pequeña señora de Maintenon. Intachable con el Sr. de Cléguérec, viejo hidalgo majestuoso, recibía con hospitalidad las visitas de los vecinos del lugar, presidía con un donaire, rebosante de dignidad, las largas cenas casi silenciosas donde no se hablaba de otra cosa que no fuera la próxima visita del obispo o de la Cuaresma, que sería oficiada en el pueblo vecino, por un famoso dominico. Pero sobre todo, cuando el joven vicario, muy seguro de sí mismo y sin embargo un tanto demasiado corpulento, se encontraba entre los invitados, la baronesa Lila se destacaba por la modestia de su actitud y su lenguaje; se adivinaba que quería merecer la aprobación de su director espiritual. Colette, aunque poco crédula a las apariencias – había repudiado finalmente toda sospecha, y estaba convencida de que su amiga no veía en efecto, más que un venerable eclesiástico en el joven sacerdote que tan buen aspecto tenía; y hete aquí que comenzaba a admirar a Lila profundamente.

Incluso se esforzaba en imitarla. Se obligaba a contenerse, a lo que tan poco acostumbrada estaba, adoptaba poses de santurrón, no parecía demasiado fuera de lugar entre las personas a las que la baronesa la presentaba como una vieja compañera del convento, muy piadosa, que quizás tomase los hábitos. Colette, vencida, no estaba muy lejos de imaginar que, un día, tal vez pronto, ella sería completamente igual a Lila, le gustaría serlo. Sin embargo, una mañana, experimentó una auténtica inquietud: fue al ver los aposentos particulares de la baronesa de Cléguérec. Desgraciadamente eran tristes y nada parecidos a la coqueta habitación de antaño en la calle Saint-Georges. Con la cama estrecha, estrechísima, los cortinajes sombríos, un gran crucifijo de ébano, y reclinatorios por todas partes, daba la impresión de estar en un oratorio donde se acostase una arrepentida que quiere encontrarse, incluso en el sueño, en un lugar propicio para la oración.

—¡Caramba! —dijo Colette suspirando — ¿Has tenido el valor de no conservar los muebles bonitos, ni las figuritas de cerámica, ni los recuerdos casi todos tan queridos, ni los espejos, ni el diván con los cojines de seda tan tiernamente arrugados?

—He tenido el valor — dijo Lila. — Al principio conservé el mobiliario de mi habitación, pero enseguida me di cuenta de que era un motivo de escándalo para el barón, e incluso para mí; y he debido deshacerme de él.

— ¿Lo has vendido?

— No, lo he dado.

— ¿A quién?

— ¡A Dios! — dijo Lila elevando hacia el techo sus pequeños ojos iluminados por la fe.

III

No mentía: Era a Dios a quien había dado el mobiliario encantador y fútil. Cuando al día siguiente — un domingo — las dos amigas entraron para cumplir con sus devociones en la iglesia del pueblo, aun desierta a causa de la tan temprana hora, Colette reconoció sobre el altar las delicadas lamparillas japonesas que tan a menudo, en la habitación o en el salón, habían visto, con una suave claridad, apagarse las luces de ojos languidecientes. Esos espejos que, en sus marcos de palomas agrupadas, colgaban de los pilares encima de las estaciones del vía crucis, habían devuelto la imagen de bocas unidas y brazos enlazados. ¡La cortina rosa con la que se cubría el gran vitral sin pintura, había ocultado repetidas veces los tiernos y sutiles misterios de la alcoba. Colette no podía confundirse: la alfombra de las escaleras hacia la santa mesa había sido la moqueta estampada que fue tan mullida para las rodillas de otros tantos jóvenes prendados! Incluso el baptisterio recordaba extrañamente al gran jarrón de porcelana de Yeddo donde Lila tenía la costumbre de arrojar las cartas de amor recibidas cada mañana, las flores desprendidas, después del baile, de su blusa, los guantes que, durante los vales, eran objeto de demasiadas ardientes presiones. Y, por todas partes, entre los cirios, antes las estatuas de los santos o de los beatos, se hallaban tarjetas de baile, bomboneras, violeteras y abanicos abriendo su ala de nieve arrugada.

Piadosa como comenzaba a serlo, Colette no pudo más que aprobar el sentimiento que había impulsado a su amiga a santificar, consagrándolos al Señor, tantos objetos tan alejados, en el pasado, de tal destino. Sí, aprobó que las elegancias del amor mundano fuesen ofrecidas en sacrificio al amor divino, ¡que la iglesia fuese engalanada con el salón convertido! y se disponía a felicitar a la baronesa de Cléguérec cuando de repente, con un acento de reproche y casi de pavor, exclamó:

—¡Oh! ¡Lila! — dijo echándose un paso hacia atrás.

–¿Qué sucede? – preguntó la otra.

–¡Has ido demasiado lejos!, has sobrepasado los límites, sí, realmente creo que te has extralimitado.

¿Qué había observado Colette? El confesionario.

¡Era de madera de Chipre incrustada de nácar! Emanaba de él un perfume que no solamente era el olor del incienso! Sin ninguna duda había sido hecho con la cama de la cortesana arrepentida.

–Reconozco – dijo Lila no sin rubor – que esas planchas no están completamente en su sitio en este lugar sagrado, y dudé mucho tiempo antes de ponerlas ahí. Me parecía poco conveniente que se diese la absolución donde tan a menudo triunfó el pecado, por desgracia. Mi primera intención fue vender mi cama y distribuir a los pobres la suma que obtuviera de la transacción. Pero habría conseguido muy poco dinero, porque no estaba en buen estado al haberse roto.

–¿Roto?

–Sí, por una fatal casualidad en los primeros tiempos de mi estancia en el castillo. Llena de incertidumbre, consulté a mi confesor.

–¿El vicario?

– Él resolvió mis dudas de inmediato, afirmando que esa ofrenda sería infinitamente agradable al cielo.

–¡Qué!

–E incluso me ordenó hacerla sin demora, en interés de mi salvación y de la suya.

–¿Cómo? ¿De la suya también? ¿Por qué?

Estaban solas en la iglesia. Lila se acercó a Colette, se acercó mucho, y le susurró al oído:

–¡Eh!, tonta, –dijo con una risita divertida – ¡porque lo habíamos rotos juntos!

LA HONESTA RECIPROCIDAD

I

Tan desacostumbrado como pudiera estar del asombro por su prodigiosa facultad de hacer visibles, tangibles, los sueños más quiméricos, y de vivirlos en efecto al igual que nosotros, los demás, hombres de poca fe y de poco ideal, vivimos las banales realidades de la vida, Pierre Léridan, poeta parisino, de veintidós años, lleno de talento y de amor, fiel a las tradiciones románticas al punto de alquilar un quinto piso, en una buhardilla, en estos tiempos donde los menos afortunados de entre los hombres de letras viven en palacetes de mármol rosa o mármol de Sarrancolin, entre una multitud de criados constituida por antiguos políticos y antiguos editores, no pudo impedir sorprenderse cuando, esa noche, hacia las dos de la madrugada, habiéndose levantado de una mesa cubierta con las trescientas variantes de un solo soneto, para abrir su puerta a la que alguien había golpeado dos veces, tan suavemente, – dos golpes de ala de golondrina que roza una pared de madera, – se encontró en presencia de la más radiante y luminosa de las mundanas, completamente vestida en satén dorado (no completamente, pues veía, bajo el nacimiento de los cabellos rubios, la magnificencia de los hombros y unos senos como ofrendas) y que en esta inesperada visitante pudo reconocer a la esposa de un muy opulento y famoso diplomático, a la ilustre y deliciosa ¡marquesa Angeline de Albereine! Por otra parte, en caso de estar sorprendido, no le quedó más remedio que abandonarse, por lo que siguió, a un poco de estupefacción, puesto que, después de una leve inclinación de una exquisita cabeza que asomó del vestido adornado con diamantes, la recién llegada dijo, tan apaciblemente como pudiese parecer:

–¡Discúlpeme si le molesto, señor, a semejante hora! pero pienso que puede usted rendirme un gran servicio, sin demasiados contratiempos: ¿sería tan amable de desatarme el corpiño?

II

La aceptación de los destinos abominables o encantadores, tan extraordinarios como éstos puedan serlo, es la constancia de las almas que la continuidad del pensamiento ha familiarizado con lo imposible. Desde el instante, en muy pocos

segundos, que volvió a ser dueño de sí mismo y admitido lo aleatorio de esa visita, dijo el poeta con un gran saludo:

– Bien, sí, ¿por qué no? Estoy a sus órdenes, señora. ¿Desatar su corpiño? ¡nada más fácil!; lamento profundamente que no tenga usted una tarea más especial o más difícil para probar mi obediencia.

Y él la tomó haciéndola girar a medias para poder, a la luz de la lámpara, agarrar y desenredar el anudado del lazo dorado.

Pero hete aquí que ella mostrase alguna turbación. ¿No era acaso a Pierre Léridan a quién ella esperaba encontrar en la buhardilla? Para no ser mal juzgada, se creyó en la obligación de explicarse. Por otra parte, nada más sencillo que esa aventura. Regresando del baile de la embajada rusa, el marqués de Albereine, siendo esperado en el casino, había acompañado a su esposa hasta la puerta de su domicilio y, una vez abierta ésta, había vuelto a subir al coche. Comprobad ahora el contratiempo: La doncella, que no esperaba hasta mucho más tarde el regreso de su señora, no estaba en el apartamento. La marquesa la había llamado repetidas veces, pues desvestirse sin ser ayudada, era tarea imposible, toda vez que los corpiños, según la moda actual, están atados por detrás, y, a menos que tuviese unos brazos de simio, no sería capaz de conseguir alcanzarse en medio de la espalda. Pero había llamado en vano, ¡nadie había acudido! El timbre eléctrico funcionaba mal sin duda. Después de mucha impaciencia, tras haber pensado en acostarse vestida – ¡extremo al que no sabría resignarse, cuando una se ahoga en un corpiño apretado! – la señora de Alberiene había tomado la audaz decisión de subir, por la escalera de servicio, hasta las buhardillas, para llamar a su doncella. Inútil temeridad. La criada no estaba en su casa. ¡No tenía ni idea de la mala conducta que siguen esas criaturas, incluso por la noche! Sin embargo, ¿qué hacer? ¿Cómo aliviar la rígida presión de las sedas y las ballenas, que se dilata – todo el mundo no tiene más que piel y huesos – en el calor agobiante de los bailes? Tan perpleja como era posible, la marquesa había reparado en una luz que se dejaba ver por debajo de una puerta; se había imaginado que una criada o un mayordomo – un mayordomo no es un hombre – vivían allí, y había llamado... Esa era toda la historia.

–Y decidiéndome, señor, – añadió la Señora de Albereine, – a solicitar su ayuda, me atrevo a esperar que usted no abusará de una situación, en apariencia escabrosa. ¡Prométame que no tendré que arrepentirme de la confianza que en usted deposito! Jure que sus dedos, desatando mi corpiño, se limitarán a los movimientos indispensables, y sobre todo que no aprovechará la prolongación de las telas para considerar con demasiada calurosa insistencia lo que eso pueda revelar de mi persona, pues debe usted saberlo, que para los bailes se bajan mucho las camisas sin mangas, para facilitar la respiración.

Ella enrojecía. Él respondió con un gesto solemne de juramento:

–Señora, esto es para hombres estoicos.

–¿Es usted uno de ellos?

–Sí –dijo él.

–¡Excelente!– dijo ella.– ¡Pero apresúrese, por favor, pues le aseguro que una rosa apremiada por la necesidad de eclosionar esta mucho más cómoda en su vaina verde que yo en este corpiño de satén dorado, y tengo la sensación de que la tela va a romper!

III

Una plenitud de carne, lentamente, muy lentamente, con perfumes y sudores, se evadía del corpiño a medida que él extraía de broche en broche, el lazo de seda. Sus dedos, dedos donde vibraban las uñas, no podían impedir rozar – a pesar del formal

juramento – la fresca y húmeda desnudez de una blancura que se mostraba exigiendo las miradas, exigiendo los labios; y cuando, para apresurar la evasión de su pecho medio prisionero, la marquesa levantó los dos brazos, emanó una tal sofocante atmósfera, procedente de las rubias tinieblas de las axilas, que Pierre Léridan pensó que se le abrían, delante de las narices, dos frascos llenos de rosas de té molidas en polvo de cantárida; y jadeaba, con las manos temblorosas. Pero, no importaba, él mantendría su promesa; el desataría, hasta el final, el corpiño, sin ceder a las reprobables apetencias del que era presa. Fue en vano que aparecieran los hermosos senos fuera de los velos, mostrando altivos los rosados de sus puntas por fin libres, fue en vano que todo el busto surgiese en su plena gloria de marmórea nieve; Pierre Léridan continuaba manteniendo, – arrebatado, pero contenido, – el lazo deslizándose en los broches. Sin embargo, ¿qué experimentaba en esos instantes la marquesa Angeline de Albereine? ¡Ah! no era solo la dicha de aspirar el aire a pleno pulmón que le llenaba la garganta y le provocaba en el cuello arrullos de tórtola! Bajo el cosquilleo de los honestos dedos nacía una emoción, subía, la recorría, hacía deslizarse, hasta el mantel blanco de los hombros, el estremecimiento que despierta sobre la leche, el roce de una mosca apenas posada, y, al mismo tiempo, en el pequeño espejo, delante de ella, veía con sus lánguidos ojos, donde aleteaban las pestañas, al hombre muy moderado y fiel al juramento, que desenlazaba con una lentitud en apariencia tan metódica. Era muy distinto de todos los agregados de la embajada y de todos los bailarines mundanos, con el donaire orgulloso de su joven rostro, donde la rojez de los labios contrastaba con el bigote oscuro, con sus cabellos un poco largos y con volumen, entre los cuales asomaba una frente pura como la de una muchacha. Y en torno a ellos, la buhardilla resultaba encantadora. Una habitación exquisita bajo los tejados, repleta de telas exóticas y de divertidas figuritas. En un rincón, la estrecha cama, entreabierta, con sábana de fina tela, era una blancura perfumada de juventud, bajo una caída en pesados pliegues de satenes japoneses, bordados con grandes flores doradas y pájaros rojos! Pues Pierre Léridan vivía entre lujos raros, y, no teniendo publicados más que dos volúmenes de versos, ya era rico gracias a la ordinaria liberalidad del editor Alphonse Lemerre. De modo que la marquesa Angeline de Albereine, acostumbrada a las ingeniosas elegancias, no se encontraba en absoluto fuera de lugar en esta pequeña habitación tan similar a una adorable salita; y ningún temor de vileza alguna, le impedía someterse, deliciosamente envuelta, al calor de un aliento que le acariciaba los riñones, le alcanzaba el cuello, se detenía en la nuca, se deslizaba a lo largo de los brazos, y acababa en el extremo de los senos haciendo saltar chispas en la carne rosa.

IV

Sin embargo, la tarea estaba acabada y el lazo se había desprendido del último broche; la marquesa, ocultando por completo su pecho bajo el corpiño, que trataban de retener con sus manos, dio un paso hacia la puerta, y, llena de una sincera gratitud, dijo:

– Le agradezco, señor, su bondad; ¡créame que no olvidaré que he evitado gracias a usted el fastidio de dormir completamente vestida! Si alguna vez me fuese posible a su vez, rendirle algún agradable servicio...

El balbuceó, con la mirada baja:

– ¡Ah! señora, yo no merezco tales agradecimientos, y hubiese deseado no tener que pedirle tan pronto un servicio en recompensa por la labor de la que tan feliz me he sentido. Pero me encuentro realmente en un estado lamentable, y me veo obligado, ahora mismo, a recurrir a su ayuda.

– Sí, señor, ¿puedo serle útil en algo? Lo seré, se lo juro, encantada.

–Desgraciadamente, señora, vea mis dedos; tiemblan extrañamente por haberos, rozado, aunque bien poco, y durante largas horas no cesarán de temblar. Jamás podrán, esta noche desde luego, desanudar mi corbata o hacer saltar los botones de mis ropas; y no ignora, puesto que usted misma ha temido esa circunstancia, hasta que punto es desagradable meterse en la cama, vestido...

–No comprendo – dijo ella.

– ¡Yo dormiría muy mal en estas estrechas vestimentas! Pero bastaría que vuestras delicadas mano, al ejemplo de las mías...

¡Ella se dio la vuelta, casi indignada! ¡En verdad, era una extraña idea la que él había tenido!...¿Sin embargo, acaso no tenía derecho a pedir que ella hiciese por él lo que él había hecho por ella? En el fondo, no había nada que no fuese legítimo en la exigencia de tal reciprocidad, por otro lado tan correctamente formulada.

– ¡De acuerdo, no seré una ingrata! – dijo ella con un aire de generosa resolución.

Y, magnánima, extendió los brazos, – sus bellos brazos desnudos y cálidos de donde emanaban perfumes, – hacia el cuello del joven hombre. Apenas sin vello, una blancura relumbró una vez desanudada la corbata. Ahora bien, menos prudente que la marquesa, Pierre Léridan había omitido hacerle prometer que ella no abusaría de una situación en apariencia escabrosa; y tal vez la Sra. de Albereine no se limitase a los movimientos indispensables, al ensanchamiento de las telas mientras ella lo seguía, y él caminaba hacia atrás, hacia la cama del rincón, hacia la cama entreabierta, con sabanas de fina tela, perfumadas de juventud, ¡bajo una caída en pesados pliegues de satenes japoneses, bordados con grandes flores doradas y pájaros rojos!

LAS CORTESÍAS DEL ADULTERIO

Como yo ya había hecho saltar de sus ojales los tres primeros botones de su blusa, ella dijo con un suspiro:

–¡Ah! ¡Dios mío!, es bien cierto que no podré resistirme a usted por mucho tiempo; y no está fuera de toda conjetura que usted obtenga de mí, en breve, todo lo que quiera obtener, por desgracia.

– Señora, – respondí yo – su resistencia fue tal que ella le asegura un honorable lugar entre las más virtuosas personas de las que la historia ha conservado el recuerdo.

Y ya, henchido del orgullo del triunfo, me preparaba a las temeridades supremas, – el lugar: su salón, mi postura: arrodillado, dando facilidades, – cuando la muy cruel volvió a abotonarse la blusa, como durante un asedio se aprovecha el momento en el que el enemigo reúne sus fuerzas para poner en estado de defensa una fortaleza apenas desmantelada; y ella me dijo cruzando enérgicamente las piernas:

–¡No! ¡No espere nada! A pesar de la ternura de la que mi débil corazón propende hacia usted, a pesar del muy probable placer que debería al rozamiento, primero ligero, de su bigote moreno y recio, en la insensible pelusa rubia – tan sensible sin embargo, – que crece encima de mi labio, usted no me arrebatará ningún favor realmente decisivo...

–¡Oh!– exclamé.

–A menos..., –continuó ella.

–¿A menos qué? ¡Hable!

Ella vacilaba, acabó estrechando cada vez más las piernas bajo la tela extendida donde se marcaba la línea gruesa del muslo, donde se precisaba la frágil claridad de la rodilla y dijo:

– ¡A menos que usted me diga francamente lo que piensa de mi marido!

Yo habría podido hacerle observar que había algo de insólito, incluso fuera de lugar, en evocar, en semejante momento, la idea del insoportable imbécil a quien ella había consentido en hacer dichoso, y desgraciado. Pero el estado, realmente digno de lástima, en el que me había sumido el parcial éxito de las primeras tentativas, no me permitió esa lucidez de inteligencia tan proclive en las escaramuzas de la discusión, y gemí desesperadamente:

– ¡Le voy a decir todo lo que pienso de su marido!

–Bien, escucho.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

